

VIDA SIN SALARIO

Bajo el capitalismo, la única cosa peor que estar explotado es no estar explotado. Desde los comienzos de la economía del trabajo asalariado, la vida sin salario ha sido una calamidad para aquellos desposeídos de tierra, de herramientas y de medios de subsistencia. Expulsados del trabajo, los que no tienen salarios también se volvieron invisibles para la ciencia: la economía política, como señaló Marx en las primeras formulaciones de su crítica de la disciplina, «no reconoce al trabajador desempleado». «El granuja, el estafador, el mendigo, el desempleado, el trabajador hambriento, desdichado y criminal, estas son figuras que no existen para la economía política, sino solamente ante los ojos de otros, del doctor, del juez, del sepulturero, de los oficiales del juzgado, etc.; esas figuras son espectros que quedan fuera de su reino»¹. Estos días, el marxismo –considerado más a menudo como un ejemplo de economía política en vez de su crítica– y otros análisis basados en el trabajo se enfrentan a la misma objeción. Se nos dice que las interpretaciones construidas sobre el trabajo asalariado no pueden explicar la realidad vivida por la parte más numerosa y desdichada de la población mundial: aquellos que no tienen salarios, aquellos incluso sin la esperanza de un salario. La vida desnuda, la vida perdida, la vida desechable, la vida precaria, la vida superflua: estos son términos que se utilizan para describir a los habitantes de un planeta de ciudades miseria. Nuestra figura más representativa no es la del niño en el taller de trabajo esclavo, sino la del niño en las calles, alternativamente cazador y presa.

A la vista de esta situación, ninguna de las designaciones marxistas clásicas para los que no tienen salario –el ejército industrial de reserva o el lumpenproletariado– parece adecuada. Para algunos, solamente una teoría de la ciudadanía y de la exclusión de ella, o de los derechos y su ausencia, puede capturar esta realidad: hablar de trabajo es hablar de los que ya tienen ese derecho. Los demás han girado hacia una biopolítica o necropolítica de

¹ Karl Marx y Frederick Engels, *Collected Works*, Nueva York, 1975, vol. III, p. 284. Este ensayo fue escrito originalmente como parte del Yale Working Group on Globalization and Culture. Me gustaría agradecer a los demás miembros sus sugerencias y críticas, y a Achille Mbembe su respuesta a un texto anterior en el Wits Institute for Social and Economic Research, University of the Witwatersrand, Sudáfrica, 22 de febrero de 2006.

la existencia desnuda. Ninguna de estas alternativas es convincente. Aunque la lucha por la inclusión social y cultural así como por la ciudadanía política es vital en un mundo de *sans-papiers*, demasiado a menudo las batallas teóricas sobre la ciudadanía y los derechos humanos permanecen atrapadas en fantasías de soberanía. Por otra parte, la retórica de la vida y de la muerte algunas veces tiene una falsa inmediatez, viendo un estado de excepción o de emergencia en lo que desafortunadamente es un estado de normalidad. Hablar repetidamente de la vida desnuda y de la vida superflua puede conducirnos a imaginar que realmente hay gente desechable, no simplemente que son desechables a los ojos del Estado y del mercado.

Por otra parte, la vida desnuda no carece de actividad práctica. Personalmente considero que bajo los imperativos capitalistas, una exposición crítica de la vida y de ganarse la vida debe empezar no desde la acumulación de capital, sino desde su otra cara, desde la acumulación de trabajo. Dialécticamente son lo mismo: como señaló Marx, «la acumulación de capital es por ello la multiplicación del proletariado»². Pero enfocar el tema desde el punto de vista del capital es, como podrían decir Hegel y Marx, un enfoque parcial. Algunos críticos contemporáneos de la economía política han notado este desequilibrio. Michael Lebowitz sostiene que la obra de Marx sobre el capital estaba pensada para ser acompañada por otra sobre el trabajo asalariado; en *The Limits to Capital*, David Harvey describe el «fracaso bastante sorprendente de Marx para emprender un estudio sistemático del proceso que gobierna la producción y reproducción de la propia fuerza de trabajo» como «una de las lagunas más graves de su propia teoría»³.

A continuación propongo que necesitamos una inversión similar respecto al trabajo asalariado. La vida sin salario casi siempre ha sido considerada como una situación de falta, el espacio de la exclusión: los *desempleados*, lo *informal*. No pretendo resolver este problema semántico: mi propio vocabulario de trabajo –los *sin salario*– es una construcción paralela. Sin embargo, quiero insistir en que descentramos el trabajo asalariado dentro de nuestra concepción de la vida bajo el capitalismo. El fetichismo del salario bien puede ser la fuente de las ideologías capitalistas de la libertad y la igualdad, pero el contrato de trabajo no es el momento fundacional. El capitalismo comienza no con la oferta de trabajo, sino con el imperativo de ganarse la vida. La desposesión y la expropiación, seguidas de la exacción de impuestos monetarios y rentas: esta es la narración bucólica del «trabajo libre». En esos raros momentos de emancipación moderna, los pueblos liberados –de la esclavitud, de la servidumbre y de otras formas de trabajo coaccionado– nunca han elegido ser trabajadores asalariados. Como señalaba Adam Smith, puede haber una «propensión a transportar, a hacer trueques y a intercambiar una cosa por otra», pero claramente no hay una propensión a obtener un empleo.

² K. Marx, *Capital*, vol. I, Harmondsworth, 1976, p. 764 [ed. cast.: *El Capital*, Madrid, Akal, 2002].

³ Michael Lebowitz, *Beyond Capital. Marx's Political Economy of the Working Class*, Nueva York, 2003 [ed. cast.: *Más allá de "El Capital". La economía política de la clase obrera en Marx*, Madrid, Akal, 2005]; David Harvey, *The Limits to Capital*, Chicago, 1982, p. 163.

Más que ver al obrero que se gana el pan en la fábrica como la base productiva sobre la cual se levanta una superestructura reproductiva, podemos imaginar al desposeído hogar proletario como una base sin salario de trabajo de subsistencia –el «trabajo de mujeres» de cocinar, lavar y cuidar del hogar– que soporta una superestructura de migrantes buscadores de salario que son embaajadores o quizá rehenes de la economía del salario. Estas migraciones pueden ser cortas en distancia y en intervalos –los tranvías o autobuses diarios desde la vecindad hasta la factoría, desde el bloque de apartamentos hasta la oficina, que pasarán a llamarse «desplazamientos diarios»– o pueden extenderse hasta la anual trashumancia proletaria de trabajadores estacionales en barcos de vapor, ferrocarriles y automóviles, así como a la radical separación de la migración aérea, que mantiene sus vínculos mediante años de envíos de dinero y de llamadas telefónicas. El desempleo precede al empleo y la economía informal precede a la formal, tanto histórica como conceptualmente. Hay que insistir en que «proletario» no es un sinónimo de «trabajador asalariado» sino de desposeimiento, expropiación y dependencia radical del mercado. No se necesita un trabajo para ser un proletario: la vida sin salario, no el trabajo asalariado, es el punto de partida para entender el mercado libre.

Aparición del desempleo

En este ensayo quiero explorar las peculiaridades de la vida sin salario durante el siglo pasado por medio de una genealogía de dos representaciones clave que no solamente la nombran y buscan regularla, sino que trazan una dramática separación entre sus concepciones en las metrópolis imperiales del capitalismo y en su periferia: las figuras del desempleo y del sector informal. La primera fue el tropo fundacional de la democracia social del siglo xx, inventada en medio de las grandes crisis económicas que atenazaron los capitalismoes industriales del Atlántico Norte y repercutieron en sus territorios coloniales. Desplazó una gran cantidad de concepciones anteriores, el pobre, el holgazán y el peligroso, y se convirtió en una parte central del discurso tanto popular como del Estado durante el siglo siguiente, especialmente durante los momentos de desempleo masivo: la Gran Depresión de la década de 1930 y la Gran Recesión de la de 1970. Por otra parte, el término «sector informal» fue acuñado a principios de la década de 1970 para considerar a las masas de vida sin salario en el recién independizado Tercer Mundo, que parecían escapar tanto de la categoría de empleo como de la de desempleo. También desplazó concepciones anteriores –quizá la más destacada la del lumpenproletariado de la que se ocupó Frantz Fanon en su *Les damnés de la terre*– y continúa siendo parte del discurso tanto oficial como no oficial.

Una historia institucional más antigua podría decir que el Estado del bienestar fue creado en respuesta al desempleo: el espectro de los desempleados regresa con cada depresión y recesión, como muestran ilustradores y fotógrafos que tratan de representar la ausencia de trabajo en iconos que van desde «The Meeting of the Unemployed» del caricaturista victoriano Tom Merry al «White Angel Breadline» de Dorothea Lange. Pero una historia bio-

política más reciente propone que el emergente Estado social inventó el desempleo en el proceso de normalizar y regular el mercado en trabajo⁴. La propia palabra surgió justamente cuando el fenómeno se convirtió en objeto de la producción de conocimiento del Estado en el largo declive económico de las décadas de 1880 y 1890. El término fue utilizado en inglés por primera vez en 1877, cuando el director del Departamento de Estadísticas Laborales de Massachusetts, Carroll D. Wright, intentó hacer un recuento de los desempleados, provocando una práctica estadística que se convirtió en parte central del Estado moderno y que en la siguiente década se utilizaba corrientemente. El primer tratamiento teórico, el artículo de 1895 «The Meaning and Measure of “Unemployment”» del economista liberal J. A. Hobson (más conocido por su influyente análisis del imperialismo), estableció la agenda para un siglo de debates: ¿cómo se define y se mide el desempleo? La palabra francesa para desempleado, *chômeur*, data de la misma época, y el equivalente alemán, *Arbeitslosigkeit*, pocas veces se utilizaba antes de la década de 1890. Realmente, como señala John Garraty, el autor del todavía clásico *Unemployment in History*, el propio Marx no utilizó la expresión. En *El capital*, así como en el pasaje de los Manuscritos de 1844 citados anteriormente, Marx habla de *die Unbeschäftigten* –los no-ocupados, los desocupados en una traducción inglesa– en vez de *die Arbeitslosen*, el término contemporáneo para los desempleados⁵.

El concepto moderno de desempleo dependía de la normalización del empleo, el intrincado proceso por el cual la participación en los mercados de trabajo se convierte en lo corriente. A medida que los empleadores fijan las reglas, los trabajadores insisten en las prácticas consuetudinarias, mientras los juzgados, los parlamentos y los inspectores de las fábricas establecen los estándares. Marx sostenía que «la creación de una jornada normal de trabajo [*ein Normalarbeitstag*], es por ello el producto de una prolongada guerra civil, más o menos disimulada, entre la clase capitalista y la clase obrera». De hecho, Marx insistía en que «en lugar del pomposo catálogo de los “inalienables derechos del hombre” se otorgue la modesta Carta Magna de una jornada de trabajo legalmente limitada»⁶.

La normalización del empleo hizo posible la normalización del desempleo en tres sentidos por lo menos. En primer lugar, estar desempleado era perder el empleo habitual de cada uno, y de hecho las primeras formas de

⁴ Las lecturas biopolíticas del desempleo son en cierto modo el producto de la agitación intelectual provocada por la tercera oleada de desempleo masivo; dos textos de referencia datan de 1986: Robert Salais, *L'invention du chômage. Histoire et transformations d'une catégorie en France des années 1890 aux années 1980*, París, 1986, y Alexander Keyssar, *Out of Work. The First Century of Unemployment in Massachusetts*, Cambridge, 1986. Véase también Christian Topalov, *Naissance du chômeur, 1880-1910*, París, 1994. Un estudio más reciente que se basa en este trabajo es el de William Walters, *Unemployment and Government. Genealogies of the Social*, Cambridge, 2000.

⁵ John Garraty, *Unemployment in History*, Nueva York, 1978, pp. 109, 4; J. A. Hobson, «The Meaning and Measure of “Unemployment”», *Contemporary Review* 67, marzo de 1895.

⁶ K. Marx, *Capital*, cit., pp. 303, 307.

protección contra el desempleo llegaron de sindicatos que trataban de mantener el nivel retributivo en vigor ofreciendo beneficios para los miembros que se quedaban sin trabajo. En su discusión sobre desempleo y gobierno, William Walter propone que «el estatus de “sin trabajo” fue realmente inventado por el sindicalismo». La segunda forma de normalización surgió cuando los sin salario empezaron a reunirse y manifestarse como desempleados. El canónico punto de partida es el famoso motín de febrero de 1886 en Londres. La Liga del Comercio Justo dirigida por los *torys* había convocado una manifestación de desempleados en Trafalgar Square que congregó a 20.000 desempleados de la construcción y de los muelles; cuando la Federación Socialdemócrata condujo a parte de la multitud por Pall Mall, se destrozaron escaparates, saquearon tiendas y Londres, según *The Times*, cayó presa del pánico. Siguieron produciéndose manifestaciones similares que aumentaron en 1887 y que culminaron en noviembre en el Domingo Sangriento, la protesta contra las medidas de coacción en Irlanda en la que la policía atacó a los manifestantes y hubo tres muertos⁷.

Finalmente, durante el cambio de siglo el desempleo fue integrado en el trabajo de teóricos como Hobson y William Beveridge, quienes sostuvieron que no era una cuestión de deprivación u holgazanería individual, sino un aspecto normal e inevitable de la sociedad industrial. «Sin duda las causas personales explican en gran medida quienes son los individuos que representarán al 10 por 100 de “desempleados”, sostenía Hobson, «pero de ninguna manera son causas que contribuyen al “desempleo”». Estos análisis construyeron la primera idea de que el capitalismo creaba un ejército industrial de reserva, un concepto a menudo tomado como claramente marxista ya que aparece en *El capital* en la discusión sobre el excedente relativo de población en el capitalismo. Sin embargo, Marx estaba simplemente adoptando la retórica del movimiento obrero británico. Los radicales, especialmente las asociaciones cartistas y fourieristas, imaginaban a los nuevos obreros de las fábricas como grandes ejércitos industriales, y este extendido tropo llevó al líder cartista Bronterre O'Brien a hablar en 1839, en el *Northern Star*, de un ejército industrial de reserva. El joven Engels recogió la imagen en *La condición de la clase obrera en Inglaterra en 1844*, y Marx invocaría ocasionalmente la metáfora, diferenciando entre el ejército activo y el ejército de reserva de la clase obrera. A finales del siglo XIX era parte de la interpretación racional del desempleo: en 1911, incluso el Departamento de Estadísticas Laborales de Massachusetts podía concluir que «por muy prósperas que puedan ser las condiciones, siempre hay un “ejército de reserva” de desempleados»⁸.

⁷ W. Walters, *Unemployment*, cit., p. 18. Véase también Gareth Stedman Jones, *Outcast London*, Nueva York 1984, pp. 291-296. En sus cartas, Engels se mostraba muy crítico con las «andeces de la FSD sobre la revolución social». Su caracterización de la manifestación como principalmente compuesta por «haraganes, espías de la policía y pícaros» es una de los clásicos pasajes sobre el lumpenproletariado; K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, cit., vol. XLVII, pp. 407, 408.

⁸ Hobson, citado por W. Walters, *Unemployment*, cit., p. 32. Véase también Stedman Jones, *Languages of Class*, Cambridge, 1983, p. 159. El Departamento de Massachusetts está citado por A. Keyssar, *Out of Work*, cit., p. 72.

Riesgo y alivio

Esta normalización del desempleo fue la base de las grandes técnicas socialdemócratas que buscaron contener el espectro de la vida sin salario. El primer momento se caracterizó por una conceptualización inicial del desempleo como un riesgo asegurable, un accidente como la enfermedad, el fuego, el robo o la muerte. Esta fue la base de la Ley Nacional de Seguros británica de 1911, el primer programa gubernamental de esta clase. Imitando al régimen de provisión de asistencia social de Bismarck, el gobierno de Herbert Asquith creó un fondo controlado por el Estado para asegurar a los trabajadores contra el desempleo. Sin embargo, la lógica del seguro fracasa en casos de desastres colectivos, cuando hay demasiados accidentes al mismo tiempo. Por ello, el desempleo masivo durante la Gran Depresión de la década de 1930 dejó claros los límites de semejantes redes de seguridad. Surgió una nueva generación de movimientos de desempleados, normalmente dirigidos por jóvenes militantes comunistas, como los Comité de Parados en Francia o los Consejos de Desempleados en Estados Unidos, donde una tercera parte de la población estaba sin trabajo. Las marchas y protestas contra el desahucio más famosas fueron en estos centros industriales –los disturbios de 1930 en Wall Street, la marcha del hambre de Ford dos años después, la marcha desde Lille hasta París a finales de 1933– pero hubo manifestaciones similares también en las colonias, como la marcha del hambre de 1933 en Jamaica.

La posterior reconceptualización keynesiana del desempleo como indicador económico sujeto al ajuste macroeconómico nacional se convirtió en la base de los Estados del bienestar posteriores a la Segunda Guerra Mundial que imaginaron una economía de pleno empleo. Durante dos décadas, pareció como si el desempleo masivo fuera cosa del pasado. Sin embargo, la Gran Recesión de la década de 1970 en Europa y América del Norte marcó el regreso del espectro de la vida sin salario, ahora bajo el signo de la superfluidad; el cierre permanente de instalaciones a medida que regiones enteras atravesaban una contrarrevolución industrial. Surgió una nueva oleada de movimientos, especialmente en Francia en el invierno de 1997-1998. Como en la década de 1930, la desindustrialización a menudo se entiende como un fenómeno del Primer Mundo, pero como veremos dejó tras de sí innumerables áreas deprimidas en todo el planeta como atestiguan el caso de Ahmedabad, el Manchester de India.

Pero para algunos teóricos, la desindustrialización marcó el fin del desempleo como herramienta política y conceptual. Entre aquellos que sostenían que habíamos alcanzado el final del trabajo, estaba Ulrich Beck, el teórico alemán de la sociedad del riesgo del neoliberalismo, que apuntó al cambio desde un «sistema uniforme de trabajo de jornada completa para toda la vida, organizado en una sola localización industrial, con la radical alternativa del desempleo, a un sistema lleno de riesgos de un subempleo flexible, pluralizado y descentralizado que, sin embargo, posiblemente no vuelva a plantear el problema de [...] estar completamente sin un empleo

remunerado»⁹. Los economistas neoliberales insistieron en que la falta de trabajo involuntaria ni siquiera existía; el desempleo era o bien una elección producto de la utilidad marginal del ocio, o bien una obstrucción temporal del mercado de trabajo causada por salarios elevados, demasiado rígidos por el monopolio sindical y el salario mínimo estatal.

También cabe destacar la gran debilidad de la normalización socialdemócrata del empleo y del desempleo. Esta normalización formó un sujeto normal: el que gana un salario. En consecuencia, gran parte de la multitud del capitalismo era irreconocible para un movimiento obrero que había sido reconstituido por los aparatos del Estado en un movimiento del empleo, en el agente de los que ganaban salarios dividido en unidades de convenios colectivos. Por toda la sociedad, había muchos que vivían fuera del empleo y desempleo típicos, mujeres trabajando en sus propios hogares, comunidades desindustrializadas que habían sufrido la desinversión y carecían de salarios, los sometidos a códigos raciales, incluso asalariados en industrias y lugares de trabajo no reconocidos oficialmente (en Estados Unidos, por ejemplo, los trabajadores domésticos, agrícolas y los becarios e investigadores precarios que no están cubiertos por el Consejo Nacional de Relaciones Laborales). Como sostuvo una generación de feministas críticas con el Estado del bienestar, esto condujo a una injusta bifurcación de género en la seguridad social. Los hogares y los vecindarios de las clases trabajadoras fueron divididos entre los sujetos independientes, característicamente varones, sujetos a la seguridad social, y los sujetos dependientes, característicamente mujeres, sujetos a la ayuda social. Un brazo del aparato del Estado aseguraba y salvaguardaba al varón normativo que mantiene a la familia contra el riesgo del desempleo involuntario; otro brazo comprobaba los métodos y los medios de las mujeres que criaban hijos antes de repartir una ayuda estigmatizada. Si la concepción socialdemócrata del desempleo rompió con la retórica del siglo XIX de las Leyes de Pobres al entender la pobreza como sistémica en vez de individual, como un desperdicio de trabajo social en vez de un finjimiento de holgazanes y disolutos, también trazó una línea de separación rígida e ideológica en el seno de la multitud obrera.

Favelas y bidonvilles

Si el desempleo dominaba la imaginación de los Estados capitalistas occidentales, no iba a ser el concepto regulador en el discurso del desarrollo de los Estados poscoloniales. Aquí el espectro de la vida sin salario en las florecientes ciudades de chabolas y *favelas* de Asia, África y América Latina arrolló cualquier división clara entre empleados y desempleados. La vida sin salario no era un accidente temporal contra el que uno pudiera asegurarse, tampoco un fracaso macroeconómico de la demanda agregada; parecía ser el principal modo de existencia en una economía separada, casi autónoma.

⁹ Ulrich Beck, *Risk Society*, Londres, 1992, p. 143 [ed. cast.: *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós, 2002].

La idea del sector informal surgió después de dos décadas de una extraordinaria migración en el Tercer Mundo hacia las ciudades, donde la población trabajadora urbana se multiplicó por dos entre 1950 y 1970. Los regímenes coloniales y los asentamientos coloniales, así como las economías de las plantaciones de las Américas, habían restringido e incluso criminalizado la emigración a la ciudad; por lo tanto, muchas de las revueltas de mediados de siglo se basaron en la sublevación de campesinos y trabajadores agrícolas. Pero en la estela de la liberación nacional, «los pobres», como señala Mike Davis, «reivindican con entusiasmo su “derecho a la ciudad”, incluso si eso significaba solamente un tugurio en su periferia»¹⁰. En las grandes zonas urbanas ocupadas de la década de 1950 surgieron nuevas formas de subsistencia y lucha, e incluso antes de que los economistas y sociólogos del desarrollo pusieran nombre al sector informal, los cineastas representaron la vida sin salario de las nuevas ciudades de chabolas en películas que se convirtieron en paradigmas durante el resto del siglo: *Orfeo Negro* (1959) de Marcel Camus, lanzó la primera Música del Mundo –la *bossa nova*– a partir de una mítica representación romántica de las *favelas* de Río durante el carnaval; y *La Batalla de Argel* (1966) de Gillo Pontecorvo, hizo un imperecedero retrato de la revolución anticolonial argelina, no como la guerra campesina que era, sino mediante la épica metonimia de la derrotada insurrección urbana de 1956-1957.

El primer gran compromiso teórico con esta nueva forma de vida sin salario también surgió de una reflexión sobre la revolución argelina: en *Les damnés de la terre* Franz Fanon recuperaba el término marxista del siglo XIX «lumpenproletariado». Acuñado por Marx en la década de 1840 como uno más entre una familia de denominaciones –el lumpenproletariado, la turba, *i lazzaroni*, *la bohème*, los blancos pobres–, caracterizaba las formaciones de clase del París del Segundo Imperio, del Nápoles del *Risorgimento*, del Londres victoriano y de los Estados esclavistas de América del Norte. En la mayoría de los casos, Marx incluso utilizó el lenguaje original para sugerir la especificidad histórica de estas formaciones más que el alcance teórico del concepto. Para él, semejantes expresiones tenían dos connotaciones clave: por un lado, la de un estrato improductivo y parasitario de la sociedad, una escoria social o un desperdicio constituido por aquellos que se aprovechaban de otros; por otro, la de una fracción de los pobres que normalmente se alineaba con las fuerzas del orden, como en el relato del reclutamiento del lumpenproletariado por Louis Napoleon en *El Dieciocho Brumario*, o en su análisis de la alianza de los propietarios de esclavos con los blancos pobres en el sur de Estados Unidos.

En estas formulaciones, Marx tenía dos antagonistas. Primero estaba combatiendo el punto de vista imperante de que toda la clase obrera era un elemento peligroso e inmoral. Trazó una línea entre el proletariado y el lumpenpro-

¹⁰ Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres, 2006, p. 55 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2007].

letariado para defender el carácter moral de los primeros. En segundo lugar, estaba desafiando a aquellos –especialmente a su gran aliado y adversario anarquista Bakunin– que sostenían que los criminales y los bandidos eran una fuerza política revolucionaria¹¹. A mediados del siglo xx el concepto de lumpenproletariado había desaparecido prácticamente del discurso socialista y marxista. Sin embargo, su reinención en *Les damnés de la terre* para describir a las poblaciones urbanas totalmente nuevas del Tercer Mundo, lo convirtió en una de las apuestas clave en los debates teóricos de las décadas de 1960 y 1970. La discusión sobre el lumpenproletariado se produce principalmente en el segundo ensayo del libro, «Grandeur et faiblesse de la spontanéité», en el que Fanon traza las contradicciones de la coalición anticolonial a medida que los militantes nacionalistas urbanos se volvían hacia a las masas campesinas. Hace tres convincentes y controvertidas afirmaciones. La primera es una afirmación sociológica sobre la aparición de una nueva población de desposeídos, la gente de *les bidonvilles*: «abandonando el campo [...] los campesinos sin tierra, ahora un lumpenproletariado, son conducidos a las ciudades, hacinados en barriadas de chabolas mientras se esfuerzan por infiltrarse en los puertos y ciudades, las creaciones de la dominación colonial». «Estos hombres, separados a la fuerza de sus lugares de nacimiento por la creciente población del campo y por la expropiación colonial, rodean incesantemente las ciudades, esperando que algún día se les permitirá entrar en ellas». Fanon recurre a las metáforas biológicas: «la barriada de chabolas es la consagración de la biológica decisión de los colonizados de invadir las ciudades del enemigo a cualquier precio, y, si es necesario, por los canales más subterráneos». Es una «podredumbre irreversible», una «gangrena que devora el corazón de la dominación colonial». «Por muchas patadas que se le den o piedras que se le tiren, [este lumpenproletariado] continua corroyendo las raíces del árbol igual que una partida de ratas»¹².

En segundo lugar, Fanon, como Marx, sostiene que este lumpenproletariado es fácilmente manipulable por las fuerzas represivas del orden colonial; si no es «organizado por la insurrección, se unirán a las tropas coloniales como mercenarios», y pone ejemplos de Madagascar, Argelia, Angola y Congo. En tercer lugar, y en lo que hace más hincapié en contra de la opinión aceptada tanto por los movimientos nacionalista y comunista, Fanon insiste en que:

es entre estas masas, en la gente de las barriadas de chabolas y en el lumpenproletariado, donde la revolución encontrará su punta de lanza urbana. El lumpenproletariado, esta cohorte de hombres hambrientos, divorciada de la tribu y del clan, constituye una de las fuerzas más espontánea y radicalmente revolucionarias de los pueblos colonizados [...] Estos desempleados, esta especie de subhumanos, se redimen a sí mismos ante sus propios ojos y ante la historia¹³.

¹¹ Hal Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution*, vol. II, Nueva York, 1978, capítulo 15 y apéndice G: «On the Origin of the Term Lumpenproletariat».

¹² Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, 2004, pp. 66, 81 [*Les damnés de la terre*, París, François Maspero, 1961; ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, varias ediciones].

¹³ *Ibid.*, pp. 81-82, 87.

Nacimiento de la informalidad

La apropiación de Fanon del término del siglo XIX alimentó debates políticos durante toda la década de 1960. Prácticamente todos los estudios pioneros del trabajo en el Tercer Mundo suscribían su formulación: Pierre Bourdieu sobre el trabajo y los trabajadores en Argelia; Ken Post sobre los levantamientos de trabajadores en Jamaica en la década de 1930; Charles van Onselen sobre la vida diaria en la Witwatersrand sudafricana. Los economistas y sociólogos del desarrollo lucharon para poner nombre a la nueva realidad que Fanon había identificado. En su clásica historia del desarrollo económico del Tercer Mundo, Paul Bairoch sostuvo que «los conceptos de desempleo y subempleo tal y como han sido formulados en Occidente no pueden aplicarse [...] excepto de manera muy basta y aproximada»¹⁴. Trabajando dentro de una tradición socialdemócrata, el economista jamaicano W. Arthur Lewis desarrolló a principios de la década de 1950 un influyente modelo de la «economía dual» colonial. A mediados de la siguiente, el concepto de masas marginales del marxista argentino José Nun había provocado un importante debate.

La locución que llegó a dominar el discurso oficial —el «sector informal»— fue acuñada a principios de la década de 1970 por un economista del desarrollo británico, Keith Hart, que estaba estudiando las comunidades de emigrantes frafa procedentes del norte de Ghana que vivían en la ciudad de chabolas de Nima, en el extrarradio norte de la antigua ciudad de Accra. Hart afirmaba que, «una gran parte de la mano de obra urbana no tiene contacto con el empleo salarial». Continuaba resumiendo las formas de «autoempleo» que proporcionaban los medios de subsistencia para los habitantes de la ciudad miseria de Nima: «la distinción entre oportunidades de ingresos formales e informales está esencialmente basada en la que se produce entre los asalariados y los autoempleados». El término fue rápidamente adoptado por la Organización Internacional del Trabajo en un estudio de 1972 sobre el empleo en Kenya. Veinte años más tarde la OIT había desarrollado los criterios para las mediciones estadísticas en el sector informal y hubo diferentes debates no solo en el África anglófona sino también en el Sur de Asia y América Latina. El «sector informal» se convirtió en el tropo dominante para representar la vida sin salario en ciudades de todo el mundo. De acuerdo con la OIT, el «empleo informal supone entre la mitad y las tres cuartas partes del empleo no agrícola en los países en vías de desarrollo»: el 48 por 100 en el norte de África, el 51 por 100 en América Latina, el 65 por 100 en Asia y el 72 por 100 en el África subsahariana. Por otra parte, «tres clases de trabajo no estándar y atípico —autoempleo, trabajo a tiempo parcial y trabajo temporal— suponen el 30 por 100 del empleo total en quince países europeos y el 25 por 100 en Estados Unidos». A finales del siglo, la economía informal (como había sido rebau-

¹⁴ Paul Bairoch, *The Economic Development of the Third World since 1900*, Berkeley, 1975, p. 165.

tizada) se había hecho visible no solo en Accra y Nairobi, sino también en Los Ángeles y Moscú¹⁵.

En su ensayo sobre Accra, Hart desencadenó un debate sobre el carácter informal de la vida sin salario que ha continuado desde entonces: «por lo general se considera que el creciente subempleo y desempleo residual en las ciudades de los países en vías de desarrollo es una “mala cosa”. Pero ¿por qué tiene que ser así? ¿En que sentido exactamente este fenómeno constituye un *problema*?». Su pregunta puede considerarse como el comienzo de la normalización del sector informal. Modelos anteriores de la economía dual lo habían tratado como el legado «negativo» de la incompleta modernización del colonialismo, un momento de transición en el camino hacia el empleo y desempleo formal. Estos Estados habían heredado aparatos laborales coloniales que habían tratado de disciplinar y regularizar el trabajo precario. Y, realmente, la era de industrialización por sustitución de importaciones de mediados de siglo asistió al crecimiento del empleo del sector formal en América Latina e incluso en algunas partes de Asia y África; la aparición de nuevos ejércitos de trabajadores industriales organizados dio origen a los grandes levantamientos laborales de Sudáfrica, Brasil y Corea del Sur. Sin embargo, en la década de 1970 el crecimiento de estos empleos se había detenido y el discurso que había bautizado al sector informal lo consideró como una esfera normal de la actividad económica —de hecho creciente con el neoliberalismo— que formaba parte de la lógica de la acumulación capitalista poscolonial¹⁶.

Igual que a finales del siglo XIX la definición de desempleo había dependido de una nueva interpretación de la economía, el descubrimiento del sector informal dependió en cierto sentido de los aparatos del trabajo formales del Estado, que establecieron salarios mínimos y horarios máximos y proporcionaban seguro de desempleo y seguridad social. Lo que caracterizaba al sector informal no era el tamaño de la empresa ni la forma del proceso de trabajo, sino su relación con el Estado. El tema central se convirtió entonces en la fortaleza o debilidad del Estado: para algunos, las economías informales se desarrollan cuando el Estado regula demasiado, llevando la actividad económica a un mundo subterráneo, no regulado y no sometido a impuestos; para otros, son el producto de Estados débiles o fallidos, incapaces de proporcionar protecciones sociales a sus ciudadanos y de imponer reglas o recaudar impuestos. Los críticos neoliberales de la regulación del Estado han tendido a festejar el entusiasmo empresarial por el sector informal, por sus microempresas que solamente necesi-

¹⁵ Keith Hart, «Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana», *Journal of Modern African Studies* XI, 1, marzo de 1973, pp. 62, 68; Paul E. Bangasser, *The ILO and the Informal Sector*, ILO Employment Paper 2000/9, p. 10; ILO, *Women and Men in the Informal Economy*, Ginebra 2002, p. 7.

¹⁶ K. Hart, «Informal Income Opportunities», cit., p. 81. Véase también Alejandro Portes y Kelly Hoffman, «Latin American Class Structures. Their Composition and Change during the Neoliberal Era», *Latin American Research Review* XXXVIII, 1, febrero de 2003.

tan microcréditos para prosperar. Los defensores de los Estados del bienestar socialdemócratas han defendido la formalización de lo informal: la extensión de las protecciones sociales y la representación en sindicatos.

Trabajo sindical en Ahmedabad

Al mismo tiempo que economistas del desarrollo como Hart estaban descubriendo el sector informal, tomaba forma la primera gran organización de trabajadores de este sector. En 1972, una activista de la Asociación Gandhiana de Trabajadores Textiles, Ela Bhatt, empezó a reunir en un sindicato, la Asociación de Mujeres Autoempleadas, a las mujeres que trabajaban en la carga y descarga y a vendedoras callejeras de la ciudad textil de Ahmedabad. Bhatt había sido designada para examinar la situación de las familias afectadas por el cierre de dos grandes fábricas textiles.

Mientras los hombres estaban ocupados haciendo campaña por la reapertura de las fábricas [...] eran las mujeres las que estaban ganando dinero y alimentando a la familia. Vendían fruta y vegetales en las calles; cosían en sus casas a destajo para intermediarios; trabajaban como obreras en mercados de comercio al por mayor, cargando y descargando mercancías; o recogían desechos reciclables de las calles de la ciudad [...] trabajos sin definición. Aprendí por primera vez lo que significa estar autoempleado. No se les aplicaba ninguna de las leyes laborales; en su caso mi formación legal no servía para nada.

«Irónicamente», recuerda tres décadas después, «fue trabajando en el sector formal como pude contemplar por primera vez la inmensidad del sector informal»¹⁷.

Durante los siguientes treinta años, la AMAE se convirtió en un racimo de tres tipos de organizaciones de los pobres a las que se afiliaban sus miembros. Primero, un sindicato –en 2004 el sindicato de base más grande de India– compuesto por una variedad de oficios informales –traperos, costureras de ropas y de *chindi*, enrolladores de *bidi* (los cigarrillos indios), vendedores de verduras– que regatean con compradores, contratistas y autoridades municipales sobre el destajo y el espacio en las calles. En segundo lugar, una coalición de docenas de cooperativas de productores que fabrican tejidos para camisetas, reciclan desperdicios de papel y limpian oficinas; y en tercer lugar, varias instituciones de asistencia y protección mutua, incluyendo un banco de la AMAE y cooperativas de salud organizadas alrededor de matronas que también eran parte del sector informal.

Una parte clave de su historia ha sido la lucha por la representación. Como dice Bhatt, «cuando alguien me pregunta cual ha sido la parte más difícil del viaje de la AMAE»,

¹⁷ Ela Bhatt, *We Are Poor but So Many: The Story of Self-Employed Women in India*, Oxford, 2006, p. 89.

puedo responder sin vacilación: suprimir bloqueos conceptuales. Algunas de nuestras mayores batallas han sido para refutar ideas y actitudes preestablecidas de funcionarios, burócratas, expertos y académicos. Las definiciones son parte de esa batalla. El Registro de Sindicatos no nos consideraba «trabajadores»; por ello no nos podíamos registrar como un «sindicato». Las esforzadas trabajadoras del *chindi*, bordadoras, tiradores de carretas, traperos, matronas y recolectores de productos de los bosques, pueden contribuir al producto interior bruto de la nación, ¡pero el cielo prohíbe que sean reconocidos como trabajadores! Sin un empleador, no puedes ser clasificado como trabajador, y ya que no eres un trabajador no puedes formar un sindicato. Nuestra lucha para ser reconocidos como un sindicato nacional continúa¹⁸.

La AMAE rechazó la retórica del sector informal que dominaba el discurso oficial: «dividir la economía en sectores formal e informal es artificial». Bhatt sostiene que «puede hacer más fácil el análisis, o facilitar la administración, pero en última instancia lo que hace es perpetuar la pobreza»: «agrupar una fuerza de trabajo enorme en categorías como “marginal”, “informal”, “sin organizar”, “periférica”, “atípica”, o “economía sumergida” me parecía absurdo. Me preguntaba, marginal y periférica ¿respecto a qué? [...] A mis ojos eran simples “autoempleadas”». Realmente las vendedoras callejeras que estuvieron entre las primeras en construir la AMAE, se llamaban a sí mismas comerciantes¹⁹.

Esta retórica del autoempleo recurrió a las ideologías del ala gandhiana del sindicalismo indio de la que surgió la AMAE y ha sido adoptada por otras organizaciones de trabajadores no asalariados, particularmente por la Unión Sudafricana de Mujeres Autoempleadas, establecida en Durban y fundada a mediados de la década de 1990. Sin embargo, retrospectivamente, parece que se ha convertido en un nominal lugar común, ya que la AMAE adoptó como una de sus tareas clave la representación de un mundo de trabajo no asalariado que era invisible para los aparatos laborales del Estado. Cuando a finales de la década de 1970, la AMAE organizó a las mujeres que cosían *chindi* —pedazos de telas descartados por las fábricas textiles— para hacer *kbols* (mantas-redredones), empezó por estudiarlas a pesar de su escepticismo:

para poder comprender mejor los problemas de las trabajadoras *chindi*, decidimos realizar una investigación en los siete *poles*, o calles, donde se cosía la mayoría de los *kbols*. Karimaben [una de las activistas] no tenía paciencia para una investigación y se quejó diciéndome: «nosotras sabemos cual es exactamente el problema. Déjame decirte que me gasto en un *kbol* más de lo que gano por hacerlo».

Sin embargo, la AMAE insistió en «proceder metódicamente y realizar una investigación», informando de las conclusiones a las trabajadoras del *chindi*, y utilizándolas para luchar por un aumento del precio del destajo tanto para

¹⁸ *Ibid.*, pp. 17-18.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 18, 10, 11.

los comerciantes de *kbhol* como para funcionarios del Ministerio de Trabajo. Bhatt sostiene que «en estos años los estudios han sido útiles para la AMAE. Nos ayudan a obtener un pormenorizado entendimiento de los temas antes de emprender ninguna acción, y el proceso nos ayuda a identificar líderes potenciales de la comunidad»²⁰. Estos estudios han proporcionado una visión mucho más compleja del mundo de los autoempleados. En 2004, la investigación de la AMAE había dividido a sus miembros en más de ochenta ocupaciones, dentro de cuatro categorías principales: vendedores en la calle y vendedores ambulantes, productores en sus casas, peones y suministradores de servicios, y productores rurales²¹. El cuadro 1 muestra el crecimiento de cada una de estas categorías desde la década de 1970. Hay que señalar que el grupo más visible –los vendedores en la calle que alcanzaban el 2 por 100 en la India urbana– constituían una parte fundamental de la primera AMAE, antes de sufrir un descenso proporcional.

Cuadro 1. Socios de la AMAE en Gujarat

Año	Total	Vendedores		Trabajadores en casa		Peones		Productores	
		% del total		% del total		% del total		% del total	
1975	3.850	825	21	950	25	2.075	54	-	-
1980	4.934	950	19	1.934	39	2.050	42	-	-
1985	15.741	2.472	16	8.464	54	4.805	31	-	-
1990	25.911	3.230	12	13.821	53	6.700	26	2.160	8
1995	158.152	11.515	7	55.114	35	73.768	47	17.755	11
2000	205.985	18.759	9	72.156	35	105.811	51	9.259	4
2002	535.674	39.460	7	141.458	26	314.245	59	40.511	8
2003	469.306	42.745	9	105.439	22	298.761	64	22.361	5
2004	468.445	28.575	6	85.976	18	313.814	67	40.080	9

Fuente: M. A. Chen, *Self-Employed Women*, cit., p. 14.

Después de comenzar por las ciudades, en la década de 1990 se puso en marcha la organización de productores rurales y trabajadores agrícolas. Dos terceras partes de sus miembros no son tanto autoempleados como lo que Jan Breman ha llamado «cazadores y recolectores de salarios», trabajadores ocasionales y suministradores de servicios que trabajan para otros bajo los intrincados disfraces de contratados y trabajadores a destajo²².

²⁰ *Ibid*, pp. 63.

²¹ Martha Alter Chen, *Self-Employed Women. A Profile of SEWA's Membership*, Ahmedabad, 2006, p.12

²² Jan Breman, *Wage Hunters and Gatherers. Search for Work in the Urban and Rural Economy of South Gujarat*, Delhi, 1994.

Cuadro 2. Socios de AMAE en Gujarat por ocupación, 2004.

Grupos de oficios		% del total de miembros
<i>Vendedores y vendedores ambulantes</i>	28.575	6
Frutas y verduras	21.553	5
Utensilios y ropa usada	2.252	<1
Otros	4.770	1
<i>Trabajadores en casa</i>	85.976	18
Bordadoras	26.782	6
Confección de ropa	20.878	4
Enrolladores de <i>bidi</i>	15.478	3
Enrolladores de agarbati	8.928	2
Fabricantes de cometas	2.576	1
Otros	11.334	2
<i>Peones y suministradores de servicios</i>	313.814	67
Peones agrícolas	227.345	49
Trabajadores del tabajo	20.421	4
Recogedores de desechos	20.165	4
Peones ocasionales	14.732	3
Trabajadores de la construcción	11.673	3
Limpiadores	6.741	1
Trabajadores contratados por fábricas	3.950	1
Trabajadores de carga y descarga	3.259	1
Otros	5.528	1
<i>Productores rurales</i>	40.080	9
Productores de leche	14.247	3
Criadores de animales	10.867	2
Pequeños agricultores	9.281	2
Recolectores de resina	1.425	<1
Productores de sal	3.288	1
Otros	972	<1
Total	468.445	

Fuente: M. A. Chen, *Self-Employed Women*, cit., p. 16.

En 2004 un desglose más preciso (cuadro 2) muestra no solo la variedad de oficios informales –desde vendedores de vegetales, recolectores de desperdicios hasta trabajadores de carga y descarga– sino también la abrumadora cifra de trabajadores agrícolas.

Por ello, las organizaciones de trabajadores del llamado sector informal han planificado su mundo no tanto a partir de su relación con una economía formal regulada por el Estado, sino en función de sus propios lugares de trabajo, especialmente la calle y la casa. Cuando la AMAE abanderó las alianzas transnacionales de asociaciones de trabajadores en la década de 1990, lo hizo creando los dominios StreetNet y HomeNet. Cada vez más, las dos representaciones clave de los trabajadores informalizados, tanto en el discurso oficial como en la cultura popular, son el vendedor en la calle y el trabajador en su domicilio.

Recorriendo el mercado

¿Cuál puede ser la conclusión de esta genealogía de representaciones de la vida sin salario? Parece claro que ninguno de los dos grandes términos del siglo xx —desempleo y sector informal— siguen siendo adecuados, sobre todo por su segregación a zonas específicas del sistema capitalista mundial; incluso los estudios académicos sobre cada uno de ellos apenas mencionan al otro. Esta sensación de agotamiento conceptual también se aplica a los términos análogos tradicionales del marxismo: la adopción socialista del «ejército industrial de reserva» de Marx y la adopción anticolonial de la reinterpretación de Fanon del lumpenproletariado. ¿Pero cuáles son las alternativas?

Como propuse anteriormente, nuestra imaginación contemporánea parece estar dominada por dos tipos de metáforas. La primera señala la inseguridad de muchas clases de trabajo contemporáneo: hablamos de precarización, informalización y de la proliferación de empleos temporales y precarios. En 1999, la OIT —desde hace tiempo un lugar de lucha sobre formas de representación del trabajo y cuya convención de 1996 sobre el trabajo basado en el domicilio fue el producto de una prolongada batalla conducida en parte por la AMAE— trató de romper con la división formal-informal mediante la caracterización de este último como trabajo vulnerable, en contra del cual hacían un llamamiento a favor del trabajo decente. Esta demanda es tanto una retirada, el reconocimiento de que la regulación del trabajo formal no alcanza a la mayoría, como un avance, un argumento a favor de protecciones sociales y derechos laborales para los vulnerables. A pesar de las muchas invocaciones grandilocuentes de los inalienables derechos humanos, se puede observar que todavía estamos esperando la modesta Carta Magna del trabajo decente.

Una segunda metáfora va más allá, proponiendo que hemos sobrepasado un hito histórico, el fin del trabajo tal y como lo hemos conocido. Se nos dice que el trabajo ha perdido su centralidad en la vida; la vida sin salario es una vida sin trabajo, desperdiciada. Señalando la dramática ruptura en el discurso popular entre la retórica del desempleo y la de la superfluidad, Zygmunt Bauman dice que «la superfluidad» comparte su espacio semántico con «rechazos», «gandules», «basura», «residuo»; con *desechos*. El destino de los *desempleados*, del «ejército industrial de reserva», era ser llamados de

vuelta al servicio activo. El destino del desecho es el depósito de desechos, el montón de residuos». «La producción de “desechos humanos» o más correctamente de humanos desechados [...] es un resultado inevitable de la modernización»; «los refugiados, los buscadores de asilo, los emigrantes» son «los productos de desecho de la globalización»²³.

La apocalíptica denuncia de Bauman de nuestra cultura del desecho es convincente pero equivoca el blanco por dos razones. En primer lugar por su vinculación demasiado simplista del desecho material con el desecho humano, que repite uno de los tropos más viejos respecto a los no asalariados: son equivalentes a basura, a residuos. Semejantes metáforas aparecen en todos estos estudios, desde la temprana caracterización que hace Hobson del desempleo como desperdicio. Marx tampoco se libró de ellas, refiriéndose en *El Dieciocho Brumario* al lumpenproletariado como un residuo. Y realmente hay una conexión: los que no tienen salarios han trabajado mucho tiempo rebuscando en la basura. Pero como he señalado anteriormente, los recogedores de desechos no solo son una parte significativa de la AMAE, muchos de los oficios que agrupa, como las mujeres tejedoras del *chindi*, surgieron a partir de subproductos de la industria textil. En marzo de 2008, se celebró en Bogotá la primera conferencia internacional de organizaciones de recolectores de desechos.

El hecho de que la globalización produce superfluidad se entendería mejor no mediante la imagen aparentemente concreta de vidas desechadas, sino mediante dos conceptos dialécticamente relacionados de Marx: el excedente relativo de población y el pobre virtual. El primero procede de *El capital*; el segundo de los *Grundrisse*. En el capítulo clave sobre «La ley general de la acumulación capitalista» de *El capital*, Marx considera el problema desde el punto de vista del capital: «la propia acumulación capitalista es la que produce constantemente –en relación directa con su propia energía y alcance– una población trabajadora relativamente superflua, es decir, una población que es superflua para las necesidades medias del capital en aras de su propia valorización, y que por ello es una población excedente». Marx continúa, «esta es una ley de población característica del modo de producción capitalista, y de hecho, históricamente cada modo concreto de producción tiene sus propias leyes especiales de población». Realmente, «el excedente relativo de población existe en toda clase de formas. Todo trabajador pertenece a él durante el tiempo que solo está parcialmente empleado o totalmente desempleado». El ejército industrial de reserva es por ello simplemente una de estas formas; de hecho, como se podía esperar, los ejemplos particulares de Marx sobre el excedente relativo de población, son la parte más anticuada de su análisis²⁴.

La metáfora fundamental en el análisis de Marx es la de las fuerzas opuestas: no se trata de que haya dos clases de trabajadores, empleados y de-

²³ Zygmunt Bauman, *Wasted Lives*, Cambridge, 2004, pp. 12, 5, 66.

²⁴ K. Marx, *Capital*, cit., pp. 782,783-784, 794.

empleados, o dos sectores de la economía, formal e informal; más bien hay un proceso en el que «una mayor atracción de trabajadores por parte del capital está acompañada por su gran rechazo [...] algunas veces los trabajadores son repelidos, algunas veces son atraídos de nuevo en masas todavía mayores». «Cuanto mayor sea la productividad del trabajo, cuanto mayor sea la presión de los trabajadores sobre los medios de empleo, más precaria se vuelve la condición de su existencia, especialmente para la venta de su propia fuerza de trabajo». Curiosamente, prácticamente todo el vocabulario contemporáneo –redundante, superfluo, precario– puede encontrarse en este capítulo²⁵.

Si el pasaje de *El capital* cuenta la historia desde el punto de vista de la acumulación de capital, el pasaje paralelo en los *Grundrisse* comienza desde el punto de vista del trabajo vivo: «el concepto de *trabajador* libre ya significa que se trata de un *indigente*: un indigente virtual [...] Si el capitalista no tiene ningún uso para su trabajo excedente, entonces el trabajador no puede desempeñar su necesaria labor». Marx no está sosteniendo que todos los trabajadores se convertirán en mendigos, como sostiene la tesis de la pauperización que a menudo se le atribuye. Más bien, ésta es su explicación de la vida desnuda: ya que el intercambio requerido para los medios de vida –la venta de la fuerza de trabajo– es accidental e indiferente a su presencia orgánica, el trabajador es un indigente virtual²⁶. Indigentes virtuales: esta extraña figura –que combina una palabra casi perdida con una que ha tomado connotaciones enteramente nuevas– será mi lugar de reposo temporal. En una carta escrita cuando cumplió cincuenta años, Marx decía: «medio siglo sobre mis hombros y todavía un indigente». Siglo y medio después, de nuevo el espectro de la vida sin salario flota sobre nosotros.

²⁵ *Ibid.*, pp. 783, 794, 798.

²⁶ K. Marx, *Grundrisse*, Nueva York 1973, p. 604. Una versión intermedia de este pasaje se encuentra en los manuscritos de 1861-1863, véase K. Marx y F. Engels, cit., vol. XXX, p. 40.